

New York 13 de febrero
1976

Sr.D.. Manuel de Irujo
París

Querido Irujo:

Quiero darle las gracias por el envío de OPE, que llega muy bien y con regularidad que es muy grata.

Le incluyo ese artículo de Goytisolo por si le interesa para reproducir en OPE algunos párrafos. A mi juicio señala el artículo algunos daños que la dictadura nos ha hecho padecer que no se han analizado antes y que muestran una realidad ,mejor dicho, realidades, de las que no nos hemos dado cuenta. Vea si le interesa.

Le ruego me diga si sabe algo de nuestro amigo Elósegui. Le envié en Navidad, a Londres y a la dirección última que tenía de e, unas líneas y un pequeño cheque para unos regalillos para los hijos. Nada he sabido de él ni el cheque ha sido devuelto, así es que me inquieta ese silencio inacostumbrado en él. Mucho le agradeceré me de alguna noticia sobre él.

Con mis deseos de excelente salud, verle pronto y que se purifique el clima de nuestra tierra, le envío un ~~XXX~~ fuerte abrazo.

Victoria Kent

Indirectamente hemos sabido que Adariaga está en las Baleares: ¿ sabe 'd. algo de él?

IN MEMORIAM F.F.B. (1892-1975)

JUAN GOYTISOLO

Hay hechos que a fuerza de ser esperados, cuando ocurren al fin, pierden toda impresión de realidad. Durante años y años —desde la época de mi ingreso en la universidad— he aguardado como millones de mis compatriotas este día, el Día por antonomasia que debería partir —algo así como el nacimiento de Jesús en la perspectiva egocéntrica del cristianismo— mi vida, nuestra vida en dos: Antes y Después, Limbo y Cielo, Caída y Regeneración.

No soy hombre particularmente rencoroso. Creo con sinceridad que en la lista de mis defectos o rasgos negativos de carácter no figura el odio. A lo largo de mi existencia he procurado siempre que los conflictos morales o ideológicos inherentes a mi intervención en la vida cultural española no degeneraran en pugnas personales y, cuando así ha ocurrido —en los raros casos de enemistad que cuento en mi cargo—, el olvido ha sido siempre más fuerte que mi saña.

¿Cómo explicar entonces, tratándose de él, la tenacidad de mi aborrecimiento? En la larga, irreal agonía de estas últimas semanas —mientras era torturado cruelmente por una especie de justicia médica compensatoria de la injusticia histórico-moral que le permitía morir de vejez, en la cama— dicho sentimiento no me ha abandonado nunca: ningún afecto de piedad ha acompañado la lectura —objetivamente monstruosa— de las nuevas y más rigurosas dolencias que día tras día divulgaba el parte oficial de un equipo médico que

parecía crecer en razón directa al número de sus enfermedades.

No voy a trazar ahora la historia sangrienta de su ascensión al poder ni de los métodos represivos conforme a los cuales se mantuvo en él por espacio de treinta y nueve años: el célebre millón de muertos de la guerra civil, los centenares de miles de presos y fusilados de la postguerra, el exilio de otro millón de españoles entre los que se encontraban las personalidades más destacadas del mundo de la cultura, de Picasso a Casals, de Américo Castro a Guillén, de Buñuel a Cernuda. Tampoco me referiré a las no por paradójicas, menos previsibles consecuencias del cambio económico operado bajo su égida mediante la rígida disciplina militar impuesta a la clase obrera y la increíble opresión del campesinado, proceso que debía desembocar en la década de los 60 en la conversión del país en una sociedad industrial moderna: esta temida realidad contra la que precisamente lucharon numerosos españoles de su bando, defensores de una España tradicional e inmóvil, burlados así en su muerte u obligados a asistir en vida a la apoteosis de unos valores económicos que ni la Reforma protestante, ni el Siglo de las Luces ni la Revolución industrial lograron aclimatar en nuestro suelo. Transformaciones en cadena: pacífica invasión anual de treinta millones de turistas, emigración laboral masiva a los países de la Comunidad Económica Europea; creciente inversión de capitales extranjeros, principalmente norteamericanos,

Like a thirsty stag, come here to drink;
 Drink Soma, as much as you wish.
 Pissing it out day by day, O generous one, you
 have assumed your most mighty force.
 (Traducción de Daniel H.H. Ingalls).

Como ciervo sediento, ven a beber aquí; / Bebe
 Soma, tanto como desees, / Cuando lo orinas día a día,
 oh generoso, / has asumido tu fuerza más vigorosa.

Indra bebe el Soma y lo orina todos los días. En II 34¹³ los Rudras en forma de caballos parecen asimismo haber orinado Soma. Cuando se bebe té o café o leche o cerveza, se orina luego, no té ni café ni leche ni cerveza, sino orina. ¿Por qué Indra, por qué posiblemente los Rudras, orinan Soma? ¿Cómo supieron los sacerdotes védicos que la orina de Soma era también Soma, si no es porque la bebieron? Planteo la pregunta y esperaré con vivo interés respuesta. Aun si Geldner y Renou estaban los dos equivocados en su traducción de IX 74^{4d}, queda Indra que *diariamente orina Soma*.

No debemos esperar una extensa mención de esta cuestión de la orina de Soma en los himnos védicos. Era un Misterio de su religión, conocido por todos los poetas pero, como todos los misterios religiosos, algo que se discutía en voz muy baja y llena de temor reverencial.

A pesar de que en los himnos védicos se hace referencia sólo dos o tres veces al hecho de que se bebía orina de Soma (aparte de las alusiones al Soma que pasa a través del vientre y las entrañas de Indra), encontramos pruebas favorables en otras partes y precisamente en los lugares donde habíamos de encontrarlas en estas circunstancias, dada la aceptación general y la naturaleza sagrada del Misterio. Se presenta sin querer, casualmente, como cuando en una conversación se revela por accidente un secreto conocido por todos. Así, en el Avesta, Yasna 48.10, Zaratustra vitupera acremente a los que usan orina embriagadora en el sacrificio: "¿Cuándo desecharéis la orina de la embriaguez con la que los sacerdotes de mala manera engañan al pueblo?" Los parsis, descendientes de los zoroastrianos, hasta la fecha, consumen orina en sus devociones religiosas, aunque sólo en cantidades simbólicas y únicamente orina de toro⁴. Los maniqueos, cuya religión fue un retoño del zoroastrismo ejercieron una influencia considerable en China durante varios siglos, y de fecha tardía en la provincia de Fukien subsisten dos informes de un alto funcionario público a sus superiores en la jerarquía china criticando las actividades religiosas de aquellos sectarios maniqueos. En sus devociones, apuntaba, consumen demasiados hongos rojos y lo que es más utilizan orina, aparentemente orina humana.⁵ De acuerdo con una historia brāhmana⁶ bien conocida, Indra bebía tanto Soma que le rezumaba de todos los orificios del cuerpo *así como de la vejiga*. Como cita final, en el mahābhārata encontramos un apólogo curioso, interpolado tardíamente en el texto, que cuenta cómo un *mātanga* (infimo de los infimos) invitó al santo hombre Uttanka a beber su orina para saciar su sed (la de Uttanka), y cómo Uttanka, sintiéndose insultado e indignado, rechazó la bebida propuesta, para enterarse más tarde que el *mātanga* ¡no era otro sino Krishna disfrazado que le había ofrecido orina de Soma! Así perdió Uttanka para siempre el derecho a unirse con los inmortales⁷.

Si mi interpretación del Rig Veda en lo que se refiere a la orina de Soma encuentra resistencia en Occidente, en

algunas partes de la India ha demostrado ser aceptable y hasta iluminadora. Una señora de origen inglés me escribe que estando en un círculo de damas indias oyó que una de ellas, una rani, hablaba de la simpatía de su marido, el rajah, por cierto *sādhu*. Tanto que su marido quería hasta beber la orina del *sādhu*, dijo la mujer. Las damas indias aceptaron esto serenamente, como si no les hubiera sorprendido y mi corresponsal por lo tanto, permaneció en silencio. Además, un intelectual indio dice que el *sādhu* actual transmite sus poderes espirituales a sus discípulos de una de las cuatro maneras siguientes: (1), mediante una "imposición" de manos, precisamente como en nuestra iglesia; (2), haciendo a su discípulo repetir incesantemente y por largos periodos cierta *mantra*; (3), pidiéndole que fije la mirada sin distracción en el rostro del *sādhu* durante mucho tiempo; y finalmente (4) otorgando a sus discípulos favoritos el privilegio de beber su orina. Estos casos actuales de absorción de orina posiblemente provienen de la época en que la orina estaba todavía impregnada de la esencia del Soma.

No aseguro que los sacerdotes védicos bebieran orina de Soma. Pero los argumentos en favor de esta práctica son tan fuertes que merecen una cuidadosísima consideración. La intensa repugnancia de Occidente por el hecho de beber orina es sólo un rasgo antropológico de los occidentales, y debemos tener cuidado de no dejarnos arrastrar por nuestros rasgos tribales. □

NOTAS

* Artículo preparado para el Congreso Internacional de Orientalistas, Camberra, Australia, enero de 1971.

1 *Études Védiques et Pāninéenes*, tomo IX, 8.

2 IX 73^{8ab}; IX 97⁵⁵

3 Renou piensa que los "hombres" se refiere a los Maruts. Recurrió a esta solución como un *pis aller, faute de mieux*, para darle cierto sentido al pasaje. Pero a lo largo de este conjunto de himnos los "hombres" son siempre los sacerdotes oficiantes.

4 J. J. Modi: *The Religious Ceremonies and Customs of the Parsees*, Bombay 1923, 2ª edición 1937. En la 2ª ed. p. 93 y en las entradas del índice bajo "gaomez", "nirang", y "nirangdin".

5 *Un Traité manichéen Retrouvé en Chine*, traduit et annoté par Ed. Chavannes et P. Pelliot, Paris, 1912, pp. 292-340, especialmente pp. 302-305 y 310-314.

6 *Taittiriya Samhitā* 2. 3. 2. 5-6, *Satapatha Brāhmana* 5. 5. 4. 8-9 y en mayor detalle 12. 7. 1. 1-9.

7 *Āśvamedha Parva*, 14. 54. 12-35.

NOTA DE LA REDACCION

En esta ocasión, damos a conocer sólo la primera parte del ensayo de R. Gordon Wasson. La segunda se publicará en el próximo número, conjuntamente con los comentarios hechos por el sanscritista Daniel H.H. Ingalls a propósito de los descubrimientos realizados por Wasson. Tanto el ensayo de este último, como la repuesta de Ingalls, están recogidos de *American Oriental Series*, N° 7, 1971, una publicación de la American Oriental Society (New Haven, Connecticut).

R. Gordon Wasson. Eminent etnomicólogo norteamericano. Vivió en México. Es coautor de una monografía, *Les champignons hallucinogènes du Mexique*, publicada por Ediciones del Museo Nacional de Historia Natural (1958), y autor de *Soma: Divine Mushroom of Immortality*.

canos; industrialización acelerada del país; abandono de las primitivas relaciones de producción en el sector agrario. Trastornos fundamentales, rotundos, que, al abrir un creciente foso entre la estructura de una sociedad dinámica, llena de vida y una superestructura política propia de otro tiempo, debería zapar de modo sordo los fundamentos de su régimen, en razón misma de su aparente y ostentoso triunfo. Verdugo y a la vez creador involuntario de la España moderna, corresponde a los historiadores, y no a mí, establecer su verdadero papel en el curso de los últimos cuarenta años, sin incurrir en las falsedades de la hagiografía oficial ni en las deformaciones de su correspondiente leyenda negra.

En la hora de su muerte quisiera extenderme más bien en lo que ha significado su existencia para quienes éramos niños durante la guerra civil —hombres y mujeres hoy, condenados a la anómala situación de envejecer sin haber conocido, a causa de él, juventud ni responsabilidades. Tal vez la característica distintiva de la época que nos ha tocado vivir haya sido ésta: la imposibilidad de realizarnos en la vida libre y adulta de los hechos, de intervenir de algún modo en los destinos de la sociedad fuera del canal trazado por él de una vez para siempre, con la consecuencia obligada de reducir la esfera de acción de cada cual a la vida privada o empujarle a una lucha egoísta por su bienestar personal y sometida a la ley del más fuerte. No se me oculta que la mera posibilidad de resolver el problema económico inmediato, por injusto y cruel que haya sido el procedimiento seguido para obtenerla, significa una mejora considerable respecto a las condiciones imperantes en la sociedad hispana de antes de la guerra, y preciso es reconocer que, disociando los términos de libertad y bienestar, gran número de españoles se han acomodado relativamente bien a un “progreso” que desconoce la necesaria existencia de libertades. Pero, para los hombres y mujeres de dos generaciones sucesivas, más o menos dotados de sensibilidad social y moral, y para quienes la libertad de medrar o enriquecerse de forma más o menos honesta no podía satisfacer en modo alguno sus aspiraciones de equidad y justicia, las consecuencias del sistema

han sido de un efecto devastador: un verdadero genocidio moral. Ante la imposibilidad material de enfrentarse con el aparato represivo institucionalizado por él, todos nos hemos visto abocados, en un momento u otro de nuestra vida, con el dilema de emigrar o transigir con una situación que exigía de nosotros silencio y disimulo, cuando no el abandono suicida de los principios, la resignación castradora, la actitud cinica y desengañada. Una pequeña minoría escogió con gran valor una tercera y más difícil vía: la de las grandezas y miserias de una lucha clandestina que, por su carácter reiterativo y a causa de la desproporción de las fuerzas en juego, ha convertido la política, hasta fecha reciente, en una especie de droga y al opositor en este tipo de adicto, tan frecuente en la vida española, cuya monótona fraseología triunfalista, desmentida por la cruda verdad de los hechos, no es más que un reflejo de su impotencia absoluta y cuyas razones, más que razones, son actos de voluntad, ya que no de fe. Exilio, silencio, dimisión o *Wishful thinking* trocado a la larga en mitomanía: años y años y años de dolor, frustración y amargura mientras —a menudo por razones que poco tenían que ver con su clarividencia personal y aun con la conjuntura propiamente española— el panorama del país se transfiguraba, fábricas, bloques de viviendas y complejos turísticos destruían el paisaje ancestral, ríos de automóviles llenaban calles y carreteras, y la renta nacional brincaba en diez años de 400 a 2,000 dólares por cabeza.

Sólo él no cambiaba: Dorian Gray en los sellos, diarios o enmarcado en los despachos oficiales en tanto que los niños se volvían jóvenes, los jóvenes alcanzaban la edad adulta, los adultos perdían cabellos y dientes y quienes, como Picasso o Casals, juraron no volver a España el tiempo en que él viviera bajaban al sepulcro, lejos de la tierra en que nacieron y donde normalmente hubieran podido vivir y expresarse. Su presencia omnímoda, ubicua, pesaba sobre nosotros como la de un padre castrador y arbitrario que gobernara nuestros destinos por decreto. Recuerdo como si fuera hoy que a los veinte años escasos escribí una fábula ingenua, denunciando su poder y soñé inmediatamente después que me hallaba preso.

Junto a la censura promovida por él, su régimen creaba algo peor: un sistema de autocensura y atrofia espiritual que ha condenado a los españoles al arte sinuoso de escribir y leer entre líneas, a tener siempre presente la existencia de un censor investido de la monstruosa facultad de mutilarlos. La libertad de expresión no es algo que se adquiera fácilmente. Por experiencia propia sé que me fueron precisos grandes esfuerzos para eliminar de mi fuero interior un huésped inoportuno: el policía que se había colado dentro sin que aparentemente nadie le hubiera invitado a ello. Probablemente, el día que periodistas y escritores españoles se sienten a escribir desembarazados del peso de este Super-Ego, experimentarán ese mismo temor que me sobrecogió a mí ante el vértigo de un vacío súbito —esa libertad que se abre a los pies de uno, el poder decir sin rodeos lo que uno piensa. Lucha no exterior, sino interna contra el modelo de censura intrapsíquica, de censura incluida en el “mecanismo del alma”, según la conocida expresión de Freud. Tal vez para muchos intelectuales de mi edad, la liberación llegue demasiado tarde y no puedan habituarse nunca a una escritura responsable —víctimas ya para siempre de un esterilizador Super-Ego, proyección interiorizada de su ilimitado poder.

Su pragmatismo político, fundado en un corto número de premisas simples, del orden de las que figuran en su testamento —fue, como leí recientemente, el “único táctico en un país de estrategias”— no presuponia lealtad ideológica alguna fuera de la pura obediencia. La escala oficial de virtudes y méritos se media tan sólo en proporción a la fidelidad a su persona. Ello creaba por consecuencia —junto a una minoría corrupta que acaparaba celosamente para sí los beneficios y prebendas— una enorme masa de ciudadanos sometidos a una perpetua minoría legal: imposibilidad de votar, comprar un periódico con diferentes opiniones que el gobierno, leer un libro o ver una película no censurados, asociarse con otros ciudadanos disconformes, protestar contra los abusos, sindicarse. Inmensos potenciales de energía que, al no verterse por los cauces creativos habituales, se transformaban inevitablemente en neurosis, malevolencia, alcoholismo,

agresividad, impulsos suicidas, pequeños infiernos privados. Algún día la psiquiatría española deberá analizar seriamente los resultados de esta tutela maligna sobre una masa de adultos constreñidos a soportar una imagen degradada de sí mismos y asumir ante los demás una conducta inválida, infantil o culpable. Las represiones y tabúes, los hábitos mentales de sumisión al poder, de aceptación acrítica de los valores oficiales que hoy nos condicionan no se desarraigán en un día. Enseñar a cada español a pensar y actuar por su cuenta será una labor difícil, independientemente de las vicisitudes políticas del momento. Habrá que aprender poco a poco a leer y escribir sin miedo, a hablar y escuchar con entera libertad. Un pueblo que ha vivido casi cuarenta años en condiciones de irresponsabilidad e impotencia, es un pueblo necesariamente enfermo, cuya convalecencia se prolongará en razón directa a la duración de su enfermedad.

Muchas veces —a medida que se consumaba la ruptura afectiva con mi país y a mi alejamiento físico de él se añadía un nuevo distanciamiento, de orden espiritual— he pensado en este personaje cuya sombra ha pesado sobre mi destino con mucha mayor fuerza y poder que mi propio padre. Un personaje a quien no vi físicamente jamás, y que a su vez ignoraba mi existencia, pero que era el origen de la cadena de acontecimientos que suscitaron mi exilio y vocación de escritor: el trauma incurable de la guerra civil y la muerte de mi madre en un bombardeo de su aviación; la aversión al orden conformista en que los suyos quisieron formarme y cuyas odiosas cicatrices llevo aún; el deseo precoz de abandonar para siempre un país forjado a su imagen y en cuyo seno me sentía como un extraño. Lo que hoy soy, a él lo debo. El me convirtió en un Judio Errante, en una especie de Juan sin Tierra, incapaz de aclimatarse y sentirse en casa en ninguna parte. El me impulsó a tomar la pluma desde mi niñez para exorcizar mi conflictiva relación con el medio y conmigo mismo por conducto de la creación literaria.

Otros han tenido menos suerte que yo. No hablo sólo de sus innumerables víctimas físicas, sino de lo destruido y arruinado en las conciencias de quienes han tenido que

aceptar el derrumbe de sus ideales más nobles, su propia muerte moral. O de los deseos y esperanzas asociados a la eliminación del orden que impuso en España mediante la fuerza y que muchos no vieron realizarse jamás. Pienso en Cipriano Mera, comandante del IV Cuerpo del Ejército Republicano, muerto en un hospital de París en la oscuridad y la pobreza mientras el equipo quirúrgico más moderno del mundo lo mantenía a él artificialmente en vida. Pienso en León Felipe, Max Aub, Julio Alvarez del Vayo y tantos otros que mantuvieron heroicamente hasta el fin la fidelidad a los principios por los que generosamente lucharon. Su siniestro final —digno del pincel de Goya o la pluma de Valle Inclán— llega demasiado tarde para ellos. Nadie podrá resucitarlos.

En lo que a mí respecta la noticia viene también con retraso: algo así como la aceptación de una propuesta amorosa largo tiempo después de haber sido hecha, cuando el autor de la misma se ha cansado de la espera y organiza como puede su vida en función de otra persona. Para haber producido todo su impacto, debería haber llegado quince años antes, cuando conservaba intacta mi pasión por el país y hubiera podido intervenir en su vida pública con mayor fe y entusiasmo que ahora. En 1975 soy, como dijo el poeta Luis Cernuda, "un español sin ganas" —un español que lo es porque no puede ser otra cosa. El daño ha sido también irreparable y al él me acomodo a mi manera, sin rencor ni nostalgia.

Su apego feroz a la vida —esa resistencia obstinada que tanto sorprendió a quienes presenciaron su agonía interminable— arroja todavía tintas más negras sobre el personaje que pocas semanas antes envió fríamente al paredón, sin atender a las protestas del mundo entero, a cinco compatriotas jóvenes, culpables del imperdonable delito de responder con violencia a la violencia legalizada de su gobierno.

Me cuesta la fórmula, pero la arrancaré a la fuerza de mis labios —a condición, claro está, de que no siga reinando desde la tumba: en la medida en que, libre de su presencia al fin, el país viva y respire, "descanse él en paz". □

25 de noviembre de 1975



Juan Goytisolo. Novelista español. Su último título, *Juan sin tierra*, ha sido prohibido por la censura española.